

Mi experiencia de intercambio

Camila Farías

Recuerdo ese momento como si hubiera pasado ayer. Cuando me dieron la noticia de que había sido seleccionada para el intercambio, no lo podía creer. Me sentía tan feliz, tan emocionada, tan sorprendida... que por unos segundos pensé que estaba soñando. La oportunidad que tenía delante de mí me parecía irreal. Había escuchado sobre el intercambio antes, sabía que era algo grande, pero cuando se volvió real para mí, fue como si todo se iluminara.

Desde el primer momento que supe quién sería mi host sister, Sofía, me llené de ilusión. Hablar por primera vez con ella fue algo emocionante. Claro que estaba expectante. Saber que vas a compartir varias semanas con alguien nuevo, en un entorno completamente desconocido, puede dar un poco de miedo. Y sí, yo estaba nerviosa. Pero para mi tranquilidad, desde el inicio tuvimos buenas conversaciones. Nos tomamos el tiempo de conocernos poco a poco, a pesar de que la diferencia horaria que no nos ayudaba mucho. Es raro al principio: estás hablando con alguien a quien no has visto nunca, no sabes cómo será convivir, qué le gusta, cómo reacciona... Pero con el tiempo, esa etapa inicial se volvió emocionante. Cada charla era un paso más para acercarnos, para empezar a construir una conexión sincera.

Recuerdo claramente la semana antes de su llegada a mi casa. Estaba tan ansiosa como emocionada. Tenía tantas preguntas en la cabeza: ¿cómo será verla en persona?, ¿nos llevaremos bien?, ¿será tímida, abierta, parecida a mí?.

Los primeros días juntas fueron una etapa muy bonita. Era el tiempo de conocernos de verdad: desde nuestras rutinas diarias, hasta nuestras comidas favoritas, nuestras costumbres, y hasta cómo nos reíamos. Nos fuimos integrando poco a poco, y sin darnos cuenta, ya estábamos completamente cómodas la una con la otra. La estadía de Sofía en mi hogar fue más que placentera, fue especial. Me gustó mostrarle mi día a día, enseñarle sobre mi entorno, incluirla en mi vida. Y ella también me mostró parte de la suya. El tiempo pasó volando, y cuando menos lo esperábamos, ya era hora de despedirnos. Esa despedida en el aeropuerto fue difícil, pero al mismo tiempo me llenaba de emoción... porque ahora me tocaba vivir la otra parte de la aventura.

Estaba tan ilusionada con todo lo que me esperaba en Suiza. Desde el avión ya imaginaba cada detalle: cómo sería mi llegada, cómo sería mi host family, el colegio, los amigos, el idioma, todo. Y cuando llegué, fue incluso mejor de lo que esperaba. Mi host family me recibió con un abrazo fuerte, cálido, que me hizo sentir bienvenida de inmediato. Me trataron como una más desde el primer momento, y eso fue clave para que pudiera adaptarme con tranquilidad. Estar lejos de casa nunca es fácil, pero cuando te hacen sentir en casa, el corazón se acomoda.

El primer día de clases fue algo que jamás voy a olvidar.

Estaba emocionada y un poco nerviosa por conocer a mis nuevos compañeros, pero todos fueron tan amables y lindos conmigo, especialmente las amigas de mi host sister. Me integraron desde el primer día, me acompañaban a los salones, hablaban conmigo en los recreos y me ayudaban cuando no entendía algo. A pesar de la barrera del idioma en algunos momentos, sobre todo



con mis compañeros que no hablaban fluido en inglés, la voluntad de incluirme y hacerme sentir bien fue constante.

Una de las cosas que más valoro fue haber hecho muy buenas amigas durante mi estancia allá. Chicas con las que conecté de verdad, con quienes compartí risas, conversaciones, paseos, momentos sencillos y a la vez inolvidables. A veces, en muy poco tiempo, puedes formar lazos muy fuertes, y eso fue exactamente lo que pasó. Ellas se volvieron parte esencial de mi experiencia, y sé que, aunque estemos lejos, siempre recordaré lo que vivimos juntas.

Con mi host family también compartí momentos lindos. Tuvimos salidas especiales, caminatas, comidas en familia, momentos tranquilos que me enseñaron su forma de vida, su cultura, su ritmo. Todo era distinto a lo que estaba acostumbrada, pero en lugar de asustarme, me encantó. Descubrir una nueva rutina, nuevas costumbres, incluso nuevas formas de ver el mundo, fue algo que me hizo crecer mucho.

Y así, sin darme cuenta, el intercambio fue llegando a su fin. A medida que se acercaba la despedida, los días se hacían más valiosos. Cada tarde, cada conversación con mis amigas, cada cena con mi host family... todo lo empezaba a mirar con más atención, con más cariño. Sabía que esos momentos no se repetirían igual, y quería aprovecharlos al máximo.

El último día fue duro. Las despedidas no son fáciles cuando lo que dejas atrás tiene tanto valor. Me dolió irme. No quería decir adiós a la familia que me acogió con tanto amor, ni a las amigas que me hicieron sentir tan bien, ni a la rutina que ya sentía como mía. Pero también me fui con el corazón lleno. Lleno de recuerdos, de aprendizajes, de experiencias que jamás voy a olvidar.

¿Qué aprendí de esta experiencia?

Aprendí que salir de tu zona de confort es difícil, pero vale la pena. Que aunque al principio da miedo convivir con alguien desconocido, esa persona puede convertirse en alguien muy especial. Aprendí a abrirme, a escuchar, a adaptarme, a tener paciencia y a disfrutar las pequeñas cosas. Aprendí a confiar más en mí misma, a atreverme a hablar, a equivocarme, y también a valorar mi cultura mientras aprendía de otra. Este intercambio me ayudó a crecer, no solo como estudiante, sino como persona. Me enseñó que el mundo es mucho más grande de lo que imaginamos, pero también más cercano de lo que parece cuando hay empatía y ganas de aprender. No me quería ir... y creo que eso lo dice todo.

